

# El caballo de Sheikh Nasruddin

*Contada por Eesha Sardesai*

Sheikh Nasruddin caminaba rápidamente por las calles de Lucknow, en el norte de la India, con el sol palpitando, un círculo amarillo por encima de su cabeza. Tenía una misión, y esa misión era comprar un caballo. Nunca antes había tenido uno, pero con este calor y con el inminente monzón, un caballo era por mucho la mejor forma de viajar y llegar a su destino.

Cuando Nasruddin finalmente llegó al establo del comerciante de caballos, su intercambio fue breve. Nasruddin entregó al hombre una bolsa grande de monedas; el comerciante sacó el caballo. Era grande y fuerte este caballo, con su fino pelaje café brillando a la luz del sol.

Los ojos de Nasruddin se agrandaron de emoción cuando vio al animal. Y antes de que el comerciante pudiera decir algo, antes de que pudiera dar a Nasruddin una introducción a su nueva y fantástica responsabilidad, Nasruddin tomó al caballo por el cuello, y empezó a subirse al lomo del animal.

— Espera, espera, ¡déjame mostrarte cómo hacer eso! — gritó el comerciante.

Nasruddin, que de alguna manera, torpemente, había logrado subirse al caballo, lo paró en seco.

— Estoy bien — dijo. — ¿Ves? Después de todo, solo estaba jadeando *ligeramente*.

Nasruddin impulsó al caballo con su pierna y pronto los dos iban trotando por el camino.

— ¡Oye, espera! — gritó de nuevo el comerciante, corriendo tras Nasruddin.

— ¡Regresa! ¿Seguro que sabes montar?

—Oh, no he tomado clases —dijo Nasruddin por encima del hombro. —Pero ¿qué tan difícil puede ser?

Y así, con una sonrisa en su cara, Nasruddin atravesó la ciudad en su caballo. Pasaron frente a muchas tiendas y puestos. De vez en cuando el caballo se detenía frente a uno de estos puestos, miraba con interés los productos y, ocasionalmente, los olfateaba.

Al cabo de un rato, Nasruddin y el caballo se toparon con un puesto que vendía productos agrícolas y otros alimentos. El puesto estaba colmado de pilas de mangos dulces y pegajosos y manzanas rosadas, con tallos de caña de azúcar y ramos de verdura y hortalizas de hoja verde. Frente al puesto había una hilera de grandes sacos cafés, cada uno lleno con diferentes frijoles, granos y lentejas.

El caballo miró toda esta variedad de comida y —¡vámonos!— se lanzó hacia ella. Cuando llegó al puesto, de inmediato hundió su cabeza en un saco de garbanzos.

Incrédulo, Nasruddin observaba al caballo masticar firmemente. Él, por su parte, ¡no había esperado que el caballo arremetiera de esa manera! Por suerte, había agarrado la crin del caballo a tiempo si no se habría caído; apenas se salvó.

—¡Oye, OYE! En ese momento, Nasruddin fue despertado de su ensueño por una voz molesta que venía de algún lugar cercano.

—¿Qué crees que estás haciendo?— gritó la voz. —¡Detenlo!

Nasruddin volteó y vio al dueño del puesto abalanzándose contra él. El hombre tenía los ojos desorbitados, y en sus manos ondeaba una larga y delgada vara.

—¡ALÉJATE de mis garbanzos!— gritó el hombre.

Antes de que Nasruddin pudiera registrar lo que ocurría, el hombre balanceaba ya su vara en dirección del caballo. Una, dos, tres veces golpeó al caballo —*fuerte*— en el costado.

El pobre caballo sacó su cabeza bruscamente del saco. Por todos lados volaron los garbanzos. Cuando vio al dueño del puesto con la vara en su mano, el caballo relinchó de miedo. El hombre se veía más encolerizado que nunca, debido al desorden que ahora tendría que limpiar. Sin esperar a ver lo que este hombre haría a continuación, el caballo alzó las patas delanteras y salió corriendo.

Rápido y más rápido el caballo galopó, poniendo tanta distancia como pudo entre él y el tendero. Sus pezuñas golpeaban fuerte contra el sucio camino. Desafortunadamente, el sonido solo sirvió para llevar al caballo al límite, lo que lo hizo correr más rápido todavía.

En cuanto al jinete... Bueno, para este momento Sheikh Nasruddin iba acostado en el lomo del caballo, agarrándose del cuello del animal para salvar su vida. Nasruddin buscó frenéticamente las riendas alrededor del cuello del caballo, para de alguna manera bajar su velocidad y ponerlo bajo control. Pero todo lo que podía sentir debajo de él era la enorme cincha del animal. Finalmente, se dio cuenta: no había riendas. No había esperado a que el comerciante se las diera.

En ese momento, el caballo dio una vuelta repentina, y Nasruddin perdió todo agarre; fue deslizándose de su asiento. Antes de que pudiera darse cuenta, se había resbalado por el costado del caballo y deslizado hacia abajo; y ahora, de alguna inexplicable manera, se encontraba *debajo* del caballo, aferrándose al cuello con sus brazos y al cuerpo con sus piernas.

El caballo, que no se daba cuenta del predicamento del jinete o no le importaba, simplemente seguía corriendo. Pronto pasaron a través de otro mercado. Una multitud se reunió cerca de ellos; el correr desesperado del caballo, su movimiento frenético, estaba destinado a atraer a los mirones. Conforme la gente se acercaba para tener una mejor vista, se codeaban unos a otros y señalaban, sus expresiones una mezcla de diversión y preocupación. ¿Era eso un *hombre* pegado a la parte inferior del caballo?

Uno de los mirones se abrió paso al frente de la multitud. —¡Ese es mi amigo! —gritó. —¡Es Nasruddin!

—¡Oh Nasruddin! —gritó. —¿Qué ocurre?¿Adónde vas?

Hubo una pausa. Y luego, desde abajo del caballo, surgió la amortiguada respuesta de Sheik Nasruddin: —No lo sé —gimió. —¡Pregúntale al caballo!

